



El Creador de Cuentos Mágicos

Cristina Dionicio



En un acogedor altillo lleno de lápices de colores y hojas en blanco, el pequeño Mateo pasaba las tardes imaginando mundos lejanos. Siempre soñaba con crear historias únicas que pudieran llenar de alegría a cualquiera que las leyera.



Una tarde lluviosa, mientras ordenaba su escritorio, descubrió una misteriosa pluma dorada escondida dentro de un cuaderno antiguo. Al sostenerla, sintió un cálido cosquilleo en las yemas de sus dedos.



Mateo comenzó a dibujar una mariposa luminosa en la página en blanco. Para su asombro, el dibujo brilló suavemente, desplegó sus alas de tinta y comenzó a volar en círculos por la habitación.



Sorprendido y emocionado, el niño usó la pluma mágica para pintar una gran puerta decorada en la pared de su cuarto. Al empujarla suavemente, la puerta se abrió de par en par hacia un deslumbrante mundo hecho enteramente de papel e imaginación.



Mateo dio un paso adelante y entró en un bosque encantado donde los árboles de origami susurraban dulces melodías con el viento. El aire olía a tinta fresca y la hierba suave crujía alegremente bajo sus pies.



En medio de un claro, encontró a un pequeño oso azul que suspiraba triste porque la noche se había quedado sin estrellas. Mateo tomó su pluma dorada y rápidamente dibujó deslumbrantes constelaciones que ascendieron al cielo nocturno.



Agradecido, el oso azul invitó a Mateo a navegar en un velero de papel sobre un río de acuarelas vibrantes. Juntos se deslizaron sobre ondas de color turquesa y violeta, riendo bajo la luz estrellada.



Llegaron a la cima de una colina donde se alzaba un gran castillo construido con libros apilados. El viejo reloj del castillo se había detenido, esperando a que alguien devolviera el movimiento a sus engranajes.



Con cuidado y precisión, Mateo dibujó una llave dorada con forma de estrella y la colocó en la cerradura del reloj. De inmediato, los engranajes giraron y una lluvia de destellos multicolores floreció por todo el reino.



Tras despedirse con un cálido abrazo de su nuevo amigo el oso, Mateo regresó a su habitación a través de las páginas de su cuaderno. Con una sonrisa radiante, comprendió que cada hoja en blanco era el comienzo de una infinita aventura.